

"El Mercantil Valenciano", 27 febrero 1923



## La satisfacción interior

Hay que notar la resignada melancolía—o melancólica resignación—con que se expresa «La Correspondencia Militar», presunto y presumido órgano de la opinión de la oficialidad del ejército español. Habla de «falta de interior satisfacción», de «depresión moral», etcétera, etc. Y dice:

«La opinión militar no debe olvidar un solo instante que los momentos actuales, moral y materialmente, no le son, en verdad, favorables. Aunque se cubra de elogios estereotipados al ejército, cuando se siente de cerca el sordo rugido de su justa indignación, por verse culpado de aquello de que no es culpable, ¿por qué negar que, tras el desastre de Melilla y la ineficacia de la campaña que se llamó de reconquista, los militares no se sienten ni con el entusiasmo ni con la simpatía de la nación?»

Eso de dos «elogios estereotipados» está muy bien. Es lo propio de los políticos y los publicistas que adulan al ejército, o porque le temen o porque esperan algo de él, de los que le quieren o para sostener la situación actual o para provocar una reacción o para hacer una revolución. Lo del «sordo rugido» es otra metáfora que no nos parece ya tan bien. Es una metáfora estereotipada. Y nosotros no hemos oído rugir a nadie. Y vengamos a lo de la simpatía de la nación.

En todo lo que sea depurar las responsabilidades, averiguar por qué fué el descalabro de julio de 1921 y quiénes tuvieron la culpa de ello, en todo esto la nación acompañará al ejército. No; la nación es la que debe hacerlo. Pero hay otra cosa en que la nación ni quiere ni debe consentir, y es en que se tome el desquite de aquel merecido descalabro yendo en son de guerra contra la kabila de Alhucemas, y acaso nada más que para probar que nuestra milicia es capaz de infligirle ese castigo. ¡No, esto no!

El ejército tiene que comprender y sentir—y lo comprenderá y sentirá—que no es hérito ni honrado ni justo inventar ni emprender campañas para poner a prueba su eficiencia y su valor.

Precisamente la esencia de lo que se llama militarismo es el estimar que no es el ejército para la nación, sino ésta

para aquél; que la finalidad de las guerras es dar ocupación y coyuntura de miedo a los guerreros; que hay que cortar para mantener el filo del sable y hacer fuego para emplear la pólvora. Una de las más poderosas causas de la última gran guerra fué que el imperio germánico había forjado un formidable ejército y tenía que ensayarlo. La guerra ha sido, como se ha dicho, la principal industria de Prusia. Entre los discursos del viejo Moltke, el de 1870, hay uno, de una terrible exaltación místico-guerrera, que pone espanto. Hemos oído a otros, por el contrario, que la utilidad de aprender esgrima es para evitar duelos.

El general Losada, en su ya famoso telegrama del 5 de este febrero, hablaba de «pedir a los poderes constituidos una acción enérgica e inmediata contra la kabila de Alhucemas», y jesto no, no y no! Los que sientan ganas de esa pelea que se la aguanten, y en esto, en aguantárselas, estará la disciplina y hasta el valor.

Una de las causas íntimas, profundas, del descalabro de Marruecos arranca de que se ha querido hacer de esa desdichada, impopular e injusta campaña un desquite de las de Cuba y Filipinas. «Para que se vea lo que podemos hacer...»—se decían algunos. Y no; para que se vea eso no se debe hacer tal cosa. Ni aunque hubiera salido muy bien. A tanto equivaldría el que el cuerpo de Sanidad provocara una epidemia de peste bubónica o de cólera para que se viera que sabía combatirla.

Con frecuencia oímos, y no a militares precisamente: «Pero si nos retiramos ahora así de Marruecos, sin haber vengado lo de Annual y Monte-Arruit, ¿cómo quedamos?». Pues mucho mejor que yendo a eso que llaman vengar para que se vea que podemos vengarlo. No; eso que se suele llamar «vengar el honor» no es cosa de civilizados; no es criterio de justicia y de humanidad.

Lo que un ejército nacional debe pedir es que no se le meta en guerras que la nación repugna. Esto que oímos mucho hacia 1917 se debe aplicar al caso presente. Pero, ¿por qué los neutralistas a todo trance y corte de entonces, cuando se trataba de la guerra europea, aplican otro criterio a esa guerrilla de Marruecos? Guerrilla a que nos ha llevado el espíritu íntimo de aquella hipócrita neutralidad. El mismo que cuando los submarinos alemanes hundían barcos españoles se decía dispuesto a aguantarlo todo de la insolencia germánica, ese mismo ordenó la injusta agresión contra la Kabila de Alhucemas en julio de 1921.

Miguel de UNAMUNO.

